

Ni idiotas ni energúmenos, pero sí hipócritas. *Falsos primos y contrapréstamos en griego moderno*

M. Teresa Magadán Olives

Escola Oficial d'Idiomes Barcelona-Drassanes. Departament de Grec Modern
Av. Drassanes, s/n. 08001 Barcelona

Resumen

Heredero de una larga tradición que forma parte de nuestra cultura, el griego moderno presenta una serie de peculiaridades que derivan del uso que las lenguas occidentales hicieron del griego clásico y que ha dado como resultado la existencia de un amplio vocabulario de origen griego en todas ellas. Sin embargo, conocer dicho vocabulario no supone una ayuda para un alumno de griego moderno. Bien al contrario, se trata más bien del fenómeno conocido como falsos amigos, puesto que estos términos creados en Occidente entran en contradicción con su significado en griego moderno. Al mismo tiempo, algunos de estos términos han regresado al griego como préstamos del inglés o del francés, es decir, se han convertido en contrapréstamos. El presente artículo analiza y plantea la incidencia de estas falsas amistades en el aprendizaje del griego moderno.

Palabras clave: griego moderno, préstamos, contrapréstamos, falsos amigos, neologismos, cultura clásica en Occidente.

Abstract

Present-day expression of a long tradition, modern Greek stands apart from other European languages by the fact that western culture used classical Greek to create many words which today belong to our linguistic and cultural tradition. Nevertheless, to know these words does not imply to know Greek, because these western neologisms do not really match present-day Greek meanings. That is why we can identify them as false friends. Some of these western creations did even return to Greek as borrowings from French or English, so becoming back-borrowings, whose meaning either differs from the original one which modern Greek retains or has no sense at all. Both phenomena are analysed as students false background and error generating factors.

Key words: modern Greek, borrowings, back borrowings, false friends, neologisms, Western classical culture.

Sumario

Introducción	<i>Falsos primos</i> , falsos referentes
La apropiación occidental del griego clásico	Observación final
Del préstamo al contrapréstamo	Bibliografía

Introducción

En el ámbito de la enseñanza de lenguas, especialmente si se trata de una lengua románica, es habitual hacer referencia a los llamados *falsos amigos*, es decir aquellas palabras que, por su aparente semejanza, inducen a error al alumnado al poseer en cada lengua significados distintos. Sin embargo, es escasamente conocido, por tratarse de una lengua minoritaria, el fenómeno de los falsos amigos en griego moderno, uno de los casos más insólitos dentro del conjunto europeo, puesto que esos falsos amigos son en realidad palabras griegas que la cultura occidental tomó en su momento del griego clásico y hoy entran en colisión con sus equivalentes en griego moderno. De ahí que, a modo de sugerencia, propongamos denominar *falsos primos* a estos curiosos falsos amigos, ya que entre ellos existe una relación de consanguinidad y no de amistad, aunque esta relación sea de segundo grado. Ahora bien, los *falsos primos* no son las únicas falsas amistades que se encuentra un alumno de griego moderno. Una parte importante de las palabras griegas que la cultura occidental tomó del griego clásico y que hoy forman parte del vocabulario cotidiano de cualquier europeo o americano han regresado al griego moderno como préstamos del francés, del italiano o del inglés. Es decir, se han convertido en contrapréstamos. Y ahí reside el peligro, pues el origen griego de la palabra y su utilización en griego moderno no garantiza la coincidencia de significado entre el término europeo y el uso griego del mismo. Así pues, un alumno o traductor potencial de griego moderno se encuentra ante dos grupos de falsas amistades que forman parte de su bagaje lingüístico-cultural. De un lado, los contrapréstamos o palabras de ida y vuelta, que en el camino han transformado su significado; de otro, los *falsos primos*, o palabras creadas en Occidente a partir del griego clásico, que no existen como tales en griego moderno. A continuación intentaremos exponer brevemente la génesis de ambos fenómenos y los inconvenientes que suponen para el alumnado.

La apropiación occidental del griego clásico

El griego moderno es, dentro del conjunto de lenguas europeas, una lengua menor. Hablada en la actualidad por unos diez millones de personas en Grecia y por unos tres más en Chipre, alcanzaría los quince millones en total si sumáramos los emigrantes griegos que todavía mantienen el griego como lengua vehicular y las reducidas comunidades en el sur de Italia, Ucrania, Turquía y Egipto que aún hoy se expresan en griego. No se trata, por tanto, de una lengua de peso dentro del conjunto europeo. Ahora bien, el griego moderno no es más que la evolución —lenta, interrumpida y maltratada— de aquella lengua que todos conocemos como griego clásico y que hasta hace pocos años formaba parte necesaria e imprescindible de toda educación que se preciara (Panayiotou, Babinotis y Leilaki, 1992). Y como tal, se encuentra siempre aprisionada entre un pasado glorioso y un presente mediocre, o al menos ésta es la opinión más extendida en Occidente.

Este hecho no tendría mayor importancia si el griego clásico no se hubiera convertido desde el Renacimiento, y sobre todo desde la Ilustración, en parte integrante

de la denominada *cultura occidental*. El fenómeno de la apropiación de la Antigüedad por parte de Europa y América en los siglos XVIII y XIX es en estos momentos de gran actualidad, precisamente porque las bases que le dieron sustento empiezan a ser puestas en duda en la actual postmodernidad (Christ, Momigliano, 1988; Bohrer, 1989; Wes, 1989; Brands, 1990; Richard, 1994; Marchand, 1996; Landfester, 1996; Ludwig, 1998; Stray, 1998; Too, Livingstone, 1998; Edwards, 1999; Baumbach, 2000; Briggs, 2000; Ferris, 2000).¹ De esta apropiación general de la cultura greco-romana, un aspecto sin embargo ha demostrado gran longevidad, superando incluso la amenaza electrónica: la apropiación lingüística. En efecto, el griego clásico, incluso más que el latín, se convirtió en lengua forjadora de neologismos para las incipientes ciencias físicas, así como para la filosofía y el pensamiento (Turner, 1989), creando vocablos que se creía no podían expresarse con los limitados recursos de las lenguas surgidas del Medioevo y que además permitían obtener una terminología común comprensible a todos, por encima de las diferencias lingüísticas. Estos neologismos constituyen hoy en día la base de la mayoría de la terminología de las ciencias en casi todas las lenguas del mundo. Esto significa que una parte importante del vocabulario científico, filosófico, técnico y tecnológico de cualquier lengua incorpora palabras derivadas del griego clásico.

El griego moderno, en cambio, quedó al margen tanto de la apropiación cultural como de la apropiación lingüística europea (Gourgouris, 1996). Sometida a un yugo extranjero, el del Imperio otomano, Grecia —y con ella su lengua— vivió los siglos del renacer de Europa intentando escapar del dominio turco sin prestar excesiva atención a las glorias del pasado, incluso ignorando la admiración que sus antepasados despertaban en la Europa occidental y en América (Mango, 1965; Lowenthal, 1988; Leontis, 1990, 1991, 1995; Politis, 1993; Philippidis, 1994). De hecho, cuando en 1830 obtuvo la independencia, Grecia se enfrentó a un enorme reto, dotar a la lengua oral hablada por el pueblo de una sólida base gramatical, puesto que apenas había tradición escrita del griego postbizantino. El único griego escrito que se había mantenido vigente era el heredero del lenguaje utilizado por la corte bizantina, adoptado después por la otomana, y que derivaba no tanto de la evolución natural del griego sino de una lengua arcaizante recreada en el siglo II dC por los gramáticos de Alejandría a partir del griego clásico (Browning, 1969). Por ello, los gramáticos del siglo XIX optaron por crear un griego escrito *ex-novo* basado en la lengua bizantina, a la que añadieron los neologismos pertinentes para adecuarse a la realidad decimonónica, modelando éstos últimos a partir de la tradición arcaizante alejandrina.

1. La denominada *apropiación de la Antigüedad* por la cultura occidental es un tema recurrente en los últimos años en historia e historia del arte. Fruto de las corrientes de pensamiento postmodernistas y postcoloniales, el análisis del redescubrimiento de la Antigüedad a partir de la Ilustración y del papel representado por la literatura y el arte clásicos —griego y romano— en la transición del Antiguo Régimen a los modernos Estados-Nación ha servido para comprender mejor el proceso por el cual la cultura occidental *fabricó* una Antigüedad a su medida y la utilizó después para justificar sus aspiraciones políticas, culturales y económicas. El ejemplo último y más extremo de este proceso sería la apropiación por parte de la Alemania nazi del pasado griego para justificar las ideas de supremacía de la raza aria (Poliakov, 1987).

De este modo se elaboró una lengua escrita guiada por dos premisas básicas: 1) todo extranjerismo debía desaparecer para dejar paso a su equivalente griego; y 2) en caso de no existir un equivalente, se creaba recurriendo al griego bizantino, al alejandrino o al clásico. Esta lengua, a la que se dio el nombre de *Katharévousa*, es decir lengua depurada, prístina, se convirtió en la lengua oficial del país, pero nunca llegó a penetrar del todo en las capas iletradas de la población griega y siempre contó además con la oposición de los intelectuales defensores de la lengua popular, conocida como *Dimotikí*. Es decir, la institución del Estado griego moderno trajo consigo una división lingüística muy marcada entre una lengua culta enseñada en las escuelas y utilizada por la administración, el ejército y la iglesia y una lengua popular, que pese a constituir la evolución natural del griego, sólo se empleaba oralmente, si exceptuamos aquellos intelectuales y escritores que, con sus obras, ayudaron a fijarla por escrito (Psicharis, 1888). Como es de suponer, esta discordancia entre griego hablado y griego escrito, lo que se conoce como *diglosia*, y que se ha mantenido hasta hace bien poco, ha sido uno de los grandes inconvenientes en la evolución del griego como lengua.² Pero, a la vez, ha motivado que los préstamos de otras lenguas hicieran su entrada con gran facilidad en la lengua oral, por el rechazo de ésta última a los neologismos que la lengua culta quería imponer.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, podríamos decir que el alumno o el traductor que hoy se acerca al griego moderno se encuentra ante una doble *diglosia*. Por un lado, una *diglosia interna* entre una lengua oral, muy rica, producto de la evolución natural del griego y del intercambio con otras lenguas, y una lengua escrita, arcaizante y falta de contacto con la realidad. Y por otro, una *diglosia externa* entre el griego moderno actual y el griego fabricado por la cultura occidental, que forma parte de la lengua del alumno o traductor, el cual puede o no coincidir con el primero. Lo más curioso es que mientras la primera de las *diglosias*, la interna, va desapareciendo paulatinamente, la segunda, la externa, va aumentando, en tanto que el vocabulario científico y técnico continúa enriqueciéndose del griego clásico sin tener en cuenta la evolución posterior de la lengua griega.

Del préstamo al contraprestamo

Esta breve digresión histórica permite entender la paradoja que se da en griego moderno y que es única en el conjunto de lenguas europeas, a saber que una parte de los préstamos lingüísticos en griego moderno son en realidad contraprestamos, es decir, palabras de origen griego reelaboradas por las lenguas occidentales que

2. En griego moderno, el término *diglosia* se aplica casi exclusivamente a la existencia paralela de una lengua culta, la *Katharévousa*, y una lengua popular, la *Dimotikí*. La *Katharévousa* fue la lengua oficial del Estado griego, salvo en pequeños intervalos de tiempo, desde su creación en 1830 hasta 1981, año en que la *Demotikí* adquirió dicho rango. Durante todo ese tiempo la población griega aprendió a escribir en la escuela una lengua que apenas empleaba oralmente, mientras que hablaba una lengua que no sabía escribir. En el presente artículo, sin embargo, utilizamos el término *diglosia* en un sentido amplio.

después han regresado al griego moderno, el cual no los ha reconocido como propios sino como préstamos, otorgándoles el mismo tratamiento que a los préstamos propiamente dichos. Evidentemente, la reacción del griego moderno ante estos parientes recién llegados no ha sido siempre la misma, pudiéndose establecer una diferenciación atendiendo a la categoría léxica del préstamo y al momento histórico en que fue adoptado.

Así, podríamos distinguir un primer grupo de contraprestamos que han sido asimilados con naturalidad por el griego moderno. Corresponden normalmente a descubrimientos, inventos, aparatos, máquinas y algunos elementos culturales que llegaron al griego moderno entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, procedentes en su mayor parte del francés y, en menor medida, del italiano y el inglés. Se distinguen porque han sido asimilados con la morfología —declinación, género, número— y fonética que les correspondería de haberse originado en Grecia. Sería el caso de términos como cine —*kinimatográficos* (κινηματογράφος); televisión —*tiliórasi* (τηλεόραση); automóvil —*aftokínito* (αυτοκίνητο); aeropuerto —*aeroliménas* (αερολιμένας); teléfono —*tiléfono* (τηλέφωνο); o fotografía —*fotografía* (φωτογραφία)—, integrados con facilidad en el lenguaje cotidiano.³ Bien es verdad que no todos los ejemplos citados han gozado de la misma aceptación y prueba de ello es que, en el lenguaje oral, algunos son substituidos por sinónimos de origen griego —*amáxi* (αμάξι), que significa carro, se prefiere a *aftokínito*; por neologismos más populares —*aerodrómio* (αεροδρόμιο), pista aérea, se ha impuesto a *aeroliménas*; o incluso por el mismo término pero con la fonética de la lengua de donde se ha tomado, como ocurre con *kinimatográficos* reemplazado casi siempre por *sinemá* (σινεμά), la forma apocopada en francés, que es de donde llegó. En este último caso, *sinemá* se considera extranjerismo y carece por tanto de declinación y número, tomando el género neutro que corresponde a todo extranjerismo.

Como segundo grupo tendríamos una categoría curiosa integrada por términos culturales y sociales, llegados de nuevo del francés y el inglés, que han sido admitidos como contraprestamos, dando lugar sin embargo a un extranjerismo y a un contraprestamo con significaciones distintas. En este caso, podemos hablar de una bifurcación ortográfica y de significado, pues el extranjerismo ha mantenido la ortografía, la fonética, el género y uno de los significados que tiene en la lengua de partida, mientras que el contraprestamo se ha asimilado al sistema morfológico griego, adoptando otro de los significados. El ejemplo más característico sería la palabra *discoteca*, que en las lenguas occidentales significa normalmente «colección de discos», por un lado, y «lugar de diversión», por otro. El primer significado es el que ha asumido el contraprestamo *diskozíki* (δισκοθήκη) (Babinotis, 1998: 521), mientras que el segundo viene representado por *diskotek* (ντισκοτέκ) (Babinotis, 1998: 1211), comúnmente apocopado en *disco* (ντίσκο), que se escribe además

3. Las palabras griegas se han transcrito siguiendo la normativa internacional. Así, la *θ* se ha transcrito como *th*, la *χ* como *ch*, la *κ* como *k* y la *υ* como *y*. Únicamente en el caso de la *φ*, que no induce a confusión, nos hemos apartado de dicha transcripción al preferir la *f*. La *ph* se ha mantenido en la transcripción de términos latinos.

con la grafía $\nu\tau$ equivalente al sonido /d/ en griego moderno, en lugar del /th/ que corresponde a la letra delta. Es curioso comprobar como en este caso los extranjerismos no adoptan el género neutro que les correspondería como tales, sino que mantienen el del contrapréstamo, femenino en los ejemplos que presentamos, y ello pese a que la desinencia final de la palabra no autorizaría el género femenino de atenerse a las reglas gramaticales.

Un ejemplo curioso dentro de este grupo es un vehículo famoso en todas las ciudades del mundo, el taxi. *Taxi* procede del apócope de la palabra francesa *taximètre*, creada a partir de dos términos griegos, *táxis* (τάξις), que significa «orden» o «clase», y *métron* (μέτρον), «medida» (Andriotis, 1990: 358). Con el tiempo, *taxi* y *taxímetro* han adquirido significados distintos, utilizándose el primero para designar el vehículo y el segundo para el contador que mide los kilómetros recorridos. La palabra llegó al griego moderno del francés en el siglo XIX, imponiéndose bien pronto la forma apocopada que se admitió como extranjerismo, es decir, con género neutro, sin declinación y con el acento a la francesa, en la *i* (*to taxi*/το ταξι). Sin embargo, la palabra *táxis* —hoy en día *táxi*/τάξι— sigue existiendo en el vocabulario actual con sus significados habituales. Las diferencias con respecto al extranjerismo son la declinación, el género —femenino— y el acento, que recae en la *a* de la primera sílaba. Es decir, si no fuera por el género sería idéntica a la palabra *taxi* en castellano, ya que incluso el plural coincide (*taxis-táxis*/τάξεις). Por el contrario, la forma sin apocopar —*taxímetro*— apenas se utiliza en griego, aunque aparece incluida en los diccionarios (Babinotis, 1998: 1759). Los griegos prefieren usar *contador* (*metritís*/μετρητής) o, más comúnmente, *reloj* (*rolói*/ρολόι), que casi siempre substituye a contador en la lengua oral.

El tercer y último grupo de esta categoría está constituido de nuevo por elementos culturales y sociales que no han sido asimilados al sistema morfológico griego y, por lo tanto, poseen las mismas características de los extranjerismos, a saber ausencia de declinación, ausencia de plural y género neutro. La mayoría de estas palabras son más recientes y muchas entraron en Grecia a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, coincidiendo con el inicio del predominio del inglés como lengua de partida. Así tendríamos *otostop* (*ωτοστοπ*) para indicar autostop,⁴ con la ω para reflejar la pronunciación del diptongo *au* en francés.⁵ Cabe reseñar que, a partir de la segunda mitad de los años setenta, y sobre todo de los ochenta, los préstamos, ya sean extranjerismos o contrapréstamos, ya no se han asimilado al sistema griego, sino que han mantenido la grafía latina y la pronunciación correspondiente en la lengua de partida. Es cierto que en ocasiones se ha

4. Estrictamente hablando, *autostop* sería un semicontrapréstamo, puesto que sólo la primera parte de la palabra es griega. Lo indicamos, sin embargo, como ejemplo de la transformación fonética que puede sufrir el contrapréstamo.

5. Hasta la década de los setenta la introducción de extranjerismos solía respetar la diferencia entre sílabas largas y cortas en las lenguas de partida, que en griego eran expresadas a través del uso de la *e*, la *i* y la *o* para las sílabas cortas, y de la *η*, la *υ* y ω para las largas. Así, numerosas palabras francesas con los diptongos *au* y *eau* pasaron al griego con ω : *μαγιώ* (*maillot*, traje de baño); *μωβ* (*mauve*, color malva); y algunas inglesas de vocal larga también: *χωλ* (*hall*, vestíbulo). La mayoría de estas palabras se escriben en la actualidad con *o*.

transcrito la pronunciación en griego o incluso se han traducido, como en el caso de Internet, por ejemplo (*diadiktio*/διαδίκτυο), pero casi siempre su uso se restringe al registro culto y a la lengua escrita, mientras que el registro coloquial y la lengua oral prefiere el préstamo tal cual.

Antes de concluir el apartado, quisiéramos hacer alusión a un contraprestamo de gran actualidad pero difícil de clasificar. Nos referimos al nombre de la nueva moneda europea: el euro. *Euro* evidentemente procede de Europa. Europa es una palabra griega. Además del continente, Europa es, según la mitología, el nombre de la princesa tiria —de Tiro, en la antigua Fenicia— de la cual Zeus se prendó por la belleza de sus ojos —εὐρύς significa ancho, amplio y ὤψ, ὀπός, ojo; sería, pues, «la de ojos grandes» (Babinotis, 1998: 697).⁶ Zeus la raptó bajo la forma de un toro y se la llevó consigo a la isla de Creta. Allí Europa le dio tres hijos, uno de ellos Minos, el famoso y legendario rey de Creta. Tras arduas deliberaciones, en las que la oposición griega a ciertas decisiones ha tenido mucho que ver, ha dado origen también al nombre de la moneda. En griego *euro* se escribe εὐρώ, conservando la ω de Ευρώπη, pero no ha sido asimilado al sistema morfológico griego. No tiene declinación ni plural y es de género neutro, es decir, como si de un extranjerismo se tratara. No obstante, en este caso habrá que ver qué transformaciones traerá consigo el uso diario de la palabra. Es posible que con el tiempo acabe por asimilarse.

Falsos primos, falsos referentes

Una vez establecido qué tipo de contraprestamos podemos hallar en el griego moderno, convendría detenernos ahora en lo que hemos denominado *falsos primos*. Como hemos observado, el griego moderno ha aceptado como contraprestamos palabras que en principio no existen en griego clásico, sino que proceden de ese vocabulario científico-técnico elaborado a partir de las lenguas clásicas. No obstante, paralelamente ha rechazado o ha desestimado muchas otras, para las cuales o bien contaba con recursos propios, o bien entraban en contradicción con el verdadero significado de la palabra en griego. Y es aquí donde el conocimiento de las palabras europeas por parte del alumno puede inducir a confusión. Es decir, la acepción *falsos primos* sólo podemos usarla en sentido estricto cuando estamos ante términos de origen griego empleados por otras lenguas cuyo significado no coincide con el que tienen actualmente en griego moderno. De hecho, un análisis más detallado de los *falsos primos* en griego moderno aconsejaría establecer tres grandes categorías:

1. Aquellos términos que Occidente tomó del griego clásico y que hoy han desaparecido del griego moderno, el cual emplea otros términos para expresar el mismo significado.
6. Ésta es la etimología más comúnmente aceptada, pese a que el origen del término no está claro. Gommers (2001) traza las distintas posibilidades y ofrece una amplia selección de las representaciones figuradas del mito. La figura de Europa a lomos del toro aparece precisamente en el reverso de la moneda griega de dos euros.

2. Aquellos términos que Occidente tomó del griego clásico, dándoles un nuevo significado, y que el griego moderno ha mantenido con su significado original.
3. Aquellos términos creados por Occidente a partir del griego clásico, pero que en realidad no existían como tales y, por lo tanto, el griego moderno no posee.

El primer grupo es el menos problemático de los tres. Incluye normalmente términos filosóficos o científicos poco conocidos más allá del círculo concreto de especialistas. La mayoría son términos llegados a través del latín, que desaparecieron del griego en época medieval y hoy en día sólo se utilizan en griego moderno en expresiones o vocablos de carácter culto. Esto significa que el alumno pronto empieza a descartarlos como punto de referencia y no suponen un gran obstáculo en el aprendizaje.

A título de ejemplo podríamos citar dos alimentos básicos, el agua —*ydor* (ὕδωρ) en griego clásico— y el vino —*oinós* (οἶνός) en griego clásico—, caídos en desuso en época medieval y sustituidos por los actuales *neró* (νερό) y *krasí* (κρασί), respectivamente.⁷ En ambos casos las palabras pasaron a las lenguas occidentales a través del latín, las cuales, a partir de la Ilustración, las utilizaron para formar numerosos compuestos y derivados, algunos existentes ya en griego clásico y otros totalmente nuevos, a los que haremos referencia en la tercera categoría. En consecuencia, conocer ambas palabras no ayuda en absoluto al alumno, puesto que ambas han quedado relegadas al uso de prefijos cultos para crear denominaciones científicas y técnicas. Únicamente *oinos* se usa en griego moderno en las etiquetas de los vinos de calidad por la creencia que una palabra del griego clásico confiere automáticamente una pátina de calidad suplementaria. Emplearlos, sin embargo, para pedir agua o vino en un restaurante puede provocar el asombro, la incompreensión y, sobre todo, la hilaridad de quien lo escucha.

De todos modos, el ejemplo más característico de esta categoría sería el término con que todas las lenguas occidentales designan la lengua y el país, es decir griego/Grecia, con el que ningún griego ni actual ni de la Antigüedad ha llegado a identificarse nunca. *Graikós*, el término que dio origen al latino *graecus*, de donde deriva nuestro *griego*, es una palabra de origen incierto (Whatelet, 1975; Lévy, 1991). Si bien algunos geógrafos e historiadores, e incluso Aristóteles, hablan de una tribu con ese nombre que habitaba la zona nordoccidental de Grecia, lo que hoy sería el norte del Epiro y el sur de Albania, o sea la Iliria de la Antigüedad, poco se sabe con certeza del origen del término y aún menos de las razones que

7. Ambos términos son derivaciones medievales de palabras antiguas. *Krasíon* es el diminutivo medieval del término *krasis* (κράσις), que significa «mezcla», y que en época medieval se aplicaba al vino mezclado con agua, la forma usual de beber vino en Grecia. *Oinos* se reservaba, al parecer, sólo para el vino de misa (Babinotis, 1998: 958). Por su parte, *neró(n)* es un apócope medieval (siglos v-vi dC) del adjetivo clásico *nearós*, que significa joven (Andriotis, 1990: 228). Su uso para designar el agua procede de la expresión *nearón/nirón idor*, que se solía utilizar para el agua fresca (Babinotis, 1998: 1185). Quizá conviene señalar que *krasis* ha sido adoptada en lingüística.

llevaron a los habitantes de la península italiana a identificar con ese nombre a sus vecinos orientales, pues *graecus* aparece ya en los primeros testimonios escritos latinos como denominación de los habitantes de Grecia. Sin embargo, los griegos, que nunca tuvieron especial predicamento por una denominación genérica como pueblo, se llamaban a sí mismos *Hellenes* (Ἕλληνες), y no aceptaron de buen grado el epíteto *graecus*, que para ellos carecía de sentido y además solía ser empleado por los romanos en sentido peyorativo, como sinónimo de inepto, holgazán y sucio, adjetivos que curiosamente los europeos volvieron a aplicar a los griegos modernos cuando redescubrieron el territorio en el siglo XIX (Dover, 1988; Dubuisson, 1991; Rosen, 1992; Santucci, 1992; Knox, 1993; Spawforth, 1995). Por otro lado, durante toda la época medieval y moderna, *Hellen* (Ἕλλην) —heleno— dejó de utilizarse, pues se convirtió en sinónimo de *pagano* y lo que un griego se sentía era romano (Ρωμαίος/Ρωμιός-*romaiós/romiós*), o sea cristiano, denominación popular que se ha mantenido hasta la actualidad, pese a que los puristas consiguieron recuperar e imponer el culto *Hellen* (Ἕλλην) —ahora pronunciado *Ellin*— y llamar al país, por primera vez en su historia, *Hellás* (Ἑλλάς) —hoy *Elláda* (Ελλάδα)— (Mantuvála, 1983; Skopetea, 1988). En cualquier caso, lo que queremos subrayar es que, si bien el alumno pronto cae en la cuenta de que *griego* sólo tiene sentido para un occidental, Grecia ha debido aceptar este término sin rechistar, sin derecho siquiera a poder utilizar las iniciales del país en griego en cualquiera de los documentos oficiales de la Unión Europea.⁸

La segunda categoría que distinguimos la constituyen los auténticos falsos primos. Forman además un grupo muy interesante, por cuanto ponen de manifiesto la disgloria externa que mencionábamos antes. En esta categoría podríamos incluir la mayoría de términos que la medicina, la política, la economía, las ciencias físicas, las ciencias sociales e incluso el vocabulario de la vida cotidiana ha tomado del griego clásico. Conviene, por tanto, examinarlos con cierto detalle, empezando con el más famoso de todos, el don por excelencia del mundo clásico, según el prisma occidental: la democracia. *Demokratía* (Δημοκρατία) —*Dimokratía* en griego moderno— es una palabra que existe en griego clásico, donde significa «gobierno de los ciudadanos», puesto que *demos* (δήμος), que hoy en día se suele traducir como «pueblo», es en realidad el conjunto de ciudadanos libres con derecho a voto que habitan en una ciudad. Como tal, *demokratía* se oponía a monarquía o tiranía. Occidente retomó la palabra tras la Revolución Francesa y le confirió un nuevo significado, el sistema de gobierno en que sus dirigentes son elegidos por sufragio universal de los ciudadanos (Castoriadis, 1996). Este nuevo significado llegó también a Grecia en el siglo XIX y fue incorporado a la palabra. Sin embargo, los griegos del siglo XIX lo utilizaron asimismo para designar aquellos estados gobernados por un sistema democrático en los cuales la dirección del Estado la ejerce un representante elegido por sufragio de los ciudadanos, es decir, lo que nosotros llamamos República. Dado que éste suele ser el significado habitual en

8. A título de ejemplo, cabe subrayar que los vehículos griegos llevan en la matrícula las iniciales GR y no EL, como les correspondería.

la actualidad (Ελληνική Δημοκρατία — República Griega, rezan los documentos oficiales), nos encontramos con la paradoja de que en la cuna de la democracia, el término puede poseer un carácter ambiguo para un no-griego.

Los ejemplos restantes podríamos tomarlos de cualquiera de las disciplinas citadas. Así, por ejemplo, de la medicina, donde *trauma* (τραύμα) carece de cualquier connotación traumática, pues significa simplemente «herida»; *plasma* (πλάσμα) es «criatura» o «ser», además de un piroso;⁹ *embolia* (εμβόλια) son las vacunas, el *microbiólogo* (μικροβιολόγος) es el médico que hace los análisis, mientras que el *patólogo* (παθολόγος) es el médico de medicina general o de cabecera; *diálisis* (διάλυση) significa «liquidación», ya sea por cierre de un negocio o por final de temporada, y *profilaktíras* (προφυλακτήρας), aunque suene a profiláctico, es el parachoques de un coche. Numerosos son también los ejemplos de las ciencias, donde *atómico* (ατομικός) no tiene nada que ver con la energía nuclear —*pyrinikí* (πυρινική) en griego— sino con el individuo, pues significa «individual», mientras que *ánodo* y *cátodo* (άνοδος/κάθοδος) significan habitualmente «subida» y «bajada»; *homologar* no hace referencia a las patentes, sino que *omologó* (ομολογώ) es «confesar», en todas sus acepciones; *analogía* (αναλογία) significa «proporción» o «correspondencia», y *sinfonía* (συμφωνία), «acuerdo»; una *hipótesis* (υπόθεση) es un caso o asunto; un *hipócrita* (υποκριτής) puede ser un actor; un *energúmeno* (ενεργούμενος), una persona que carece de voluntad propia; y un *idiota* (ιδιότης) es simplemente un particular o un empresario privado. A estos ejemplos podríamos añadir otros como *metrópolis* (μητρόπολη), que significa «catedral» (gran urbe sería *megalúpoli*/μεγαλούπολη); *efeméride* (εφημερίδα), «periódico»; *tenia* (ταινία), «película»; *sintagma* (σύνταγμα), «constitución»; *místico* (μυστικός), «secreto»; *cósmico* (κοσμικός), «mundano» o «social»; o *sintaxis* (σύνταξη), que ha pasado a significar «jubilación». Sin olvidar naturalmente los abundantes ejemplos del ámbito de la religión, pues *liturgia* (λειτουργία) significa «función»; *homilía* (ομιλία), «conferencia» o «discurso»; *encíclica* (εγκύκλιος), «circular»; *católico* (καθολικός), «universal»; y *mártir* (μάρτυρας), «testigo».

Ahora bien, esto no implica que los significados europeos no hayan pasado al griego moderno. En muchas ocasiones existen paralelamente, como complemento, y en otras no. Es decir, a una persona se le puede llamar *ypokritís*, hipócrita, pero en cambio no se le puede llamar idiota. *Anodo* y *cátodo* se emplean evidentemente para designar los polos positivo y negativo, pero para un griego *káthodos* es ante todo el hecho de bajar al centro para ir de compras. *Sintaxis* se utiliza obviamente en lingüística, pero para cualquier jubilado ese significado carece de sentido, al igual que para un juez *mártir* es ante todo el testigo que se presenta ante el tribunal, por más que haya mártires en la Iglesia ortodoxa. Con ello queremos subrayar que, pese a haberse aceptado esos nuevos significados y aparecer recogidos en los diccionarios, el griego cotidiano no los tiene como primera referencia.

9. *Piroso* es también una palabra griega. Procede de la combinación del término *pyr* (πυρ) y el sufijo *-orós* (ωρός), que designa una tonalidad cercana a la que posee el primer término de la palabra, ya sea un color o un objeto de color característico, como en este caso *pyr*, el fuego. *Piroso* significa, pues, en griego «una tonalidad rojiza semejante a la del fuego».

El último grupo de falsos primos es, probablemente, el más apasionante, pues revela claramente la distancia que separa el griego elaborado por Occidente de la realidad lingüística del griego. Como demostró en una ocasión un antiguo gobernador del Banco de Grecia, Jenofonte Zolotas, en una alocución en inglés, se puede llegar a escribir un discurso entero con todas estas palabras.¹⁰ Otra cuestión es que el auditorio las entienda, por tratarse de palabras demasiado cultas. Sin embargo, el asombro que pueda experimentar el oyente no será menor al que un griego experimentará al comprobar las diferencias de significado. Esto se debe a que la creación de neologismos en las lenguas occidentales partió bien de unos presupuestos que no siempre se ajustaban a las reglas de formación de compuestos y derivados en griego, bien de la creencia que la suma de dos significados independientes da como resultado la exacta combinación de ambos. De ahí que ciertos términos así creados, algunos de ellos bastante recientes, no hayan sido aceptados por el griego moderno, pues o bien carecen de significado concreto en griego, o bien, si lo tienen, no es el que Occidente les ha dado. Este hecho ha motivado que el griego moderno haya debido generar sus propios neologismos para hacer frente a las nuevas realidades técnicas y tecnológicas que en Occidente normalmente se expresan con palabras griegas.

Esta tercera categoría, que incluye numerosos términos geográficos, aparatos e instrumentos cotidianos entre otros, suele ser la que origina mayor confusión entre el alumnado, al tratarse de términos muy corrientes. Resulta sorprendente comprobar que no existen semáforos en griego, porque las luces de tráfico muestran colores (*simatodotis/σηματοδότης*), pero no los tienen como cualidad intrínseca. Tampoco existen taxímetros, como hemos visto, ni archipiélagos, ni hemerotecas; ni siquiera mecanógrafas o taxidermistas. Los griegos no padecen de taquicardia ni de cefalea; carecen de tópicos o prototipos; incluso carecen de antenas parabólicas, puesto que una antena parabólica es una antena fabulosa, que sólo puede existir en una fábula —*parabolikós* (παραβολικός) es el adjetivo de *parabolí* (παραβολή), que significa bien «comparación», bien «fábula», por lo que se ha generado el neologismo *doriforikí keraía* (δορυφορική κεραιά) para expresar «antena parabólica» (Babinotis, 1998: 1331).

Evidentemente, algunas de estas palabras creadas en Occidente se emplean en griego moderno en el registro culto y como tales aparecen recogidas en los diccionarios. Incluso podría decirse que constituyen el grupo más antiguo de extranjerismos, puesto que muchas de ellas se documentan ya en el siglo XVIII. Sin embargo, en los diccionarios siempre se especifica al lado de la entrada *palabra extranjera de base griega* (ελληνογενής ξένο όριο). El caso más representativo sería el término *archipiélagos*, que en griego vendría a significar «el mar más importante» o «el primero de los mares», por lo cual para indicar un grupo de islas se recurre a *syn-*

10. Jenofonte Zolotas fue gobernador del Banco de Grecia durante la década de los cincuenta y sesenta. El discurso en cuestión lo pronunció en una asamblea del Banco Internacional para la Cooperación y el Desarrollo celebrada el 26 de Septiembre de 1957, repitiendo la experiencia en otra asamblea celebrada en Washington el 2 de Octubre de 1959. Ambos discursos se pueden encontrar en Internet en la dirección <<http://users.forthnet.gr/ath/ttz>>.

krótima (συγκρότημα), «conjunto». No obstante, la acepción occidental se documenta desde 1728 (Babinotis, 1998: 295), dado que desde época medieval Occidente denominaba así el conjunto de islas que en Grecia reciben el nombre de Cícladas y que, por su fama de nido de piratas, eran conocidas como *Archipelagus Turbatus* (Slot, 1982). Ahora bien, hoy en día a ningún griego se le ocurriría decir que va a pasar las vacaciones al archipiélago cicládico o a al jonio. Para él, el término carece de sentido.

Otro ejemplo característico sería la palabra *hemeroteca*. *Hemeroteca* procede de la unión de dos palabras griegas, *hemera* (ημέρα) —hoy en día *iméra* o *méra* (μέρα)-, que significa «día», y *théke* (θήκη) —en griego moderno *thíki*—, que suele traducirse como «caja», aunque en realidad se trata más bien de un recipiente, lo que ahora llamaríamos contenedor, de diferente tamaño y formato, por lo que actualmente se emplea tanto para la funda de unas gafas como la guantera de un coche, o los bolsillos interiores de un bolso. Estrictamente hablando, pues, en griego *hemeroteca* significaría «la caja que contiene los días», acepción totalmente absurda. De ahí que ni siquiera haya sido aceptada como cultismo.

Los restantes ejemplos que presentamos son una clara muestra de lo ocurrido con la evolución del griego a partir de la Ilustración. Por un lado, los neologismos occidentales penetraron en la lengua culta y pasaron a formar parte del vocabulario científico-técnico, como en el resto de idiomas. Y, por otro, fueron rechazados por la lengua popular, la cual los substituyó por otros más de su agrado. No es extraño, por lo tanto, que en lugar de *mecanógrafa* (*michanográfōs/μηχανογράφος*), que aparece en los diccionarios como extranjerismo de base griega procedente del francés (Babinotis, 1998: 1108), se utilice *dactilográfōs* (δακτυλογράφος). Y ello a pesar de que el compuesto es gramaticalmente correcto y que la palabra existía ya en griego medieval, donde se utilizaba para designar la persona encargada de llevar el registro de las máquinas de guerra, significado que hoy obviamente se ha perdido (Andriotis, 1990: 209). Algo parecido ha sucedido con *taxidermista*, palabra formada a partir de *táxis* (τάξις) —orden, clase— y *dérma* (δέρμα) —piel— y que vendría a significar «piel en orden» o «piel en su sitio». Pese a que también en este caso no hay razón para rechazar la formación del compuesto, el griego moderno no lo ha aceptado y ha preferido utilizar en su lugar una palabra de larga tradición pero de origen incierto —*taricheutís* (ταρχευτής) (Andriotis, 1990: 359; Babinotis, 1998: 1762).

Esta actitud ambivalente del griego ante las palabras creadas en Occidente dificulta en ocasiones la percepción del alumno, puesto que le impide desarrollar estrategias que le ayuden a identificar posibles falsas amistades, sobre todo en el caso de compuestos gramaticalmente correctos. Así ocurre con numerosos términos médicos, que por un lado han sido aceptados por el lenguaje científico y culto, pero por otro el lenguaje popular los ha modificado. A título de muestra podemos señalar la palabra *taquicardia* (ταχυκαρδία), compuesto formado por el adjetivo *tachys* (ταχύς) —rápido— y el sustantivo *kardiá* (καρδιά) —corazón—, que se documenta en griego moderno desde 1889 y aparece en los diccionarios como extranjerismo de base griega (Babinotis 1998: 1766). Frente a su uso científico, el lenguaje coloquial emplea un neologismo más de su gusto *tachypalmía* (ταχυπαλμία), en el

cual substituyen corazón por latido (*palmós/παλμός*). Más ilustrativa del peligro de las falsas amistades es una enfermedad tan corriente como el dolor de cabeza, la *cefalea*. *Cefalea* deriva de la palabra *kefalí* (κεφαλή), «cabeza», a través del adjetivo *kefáleos* (κεφάλιος) adoptado por el latino *cephalaea*. La palabra como tal no existe en griego moderno, puesto que los dos sustantivos que hoy existen derivados del adjetivo *kefálios* significan, respectivamente, «capítulo» o «capital» (*kefáleo/κεφάλαιο*) y «letra mayúscula» (*kefaléo/κεφαλαίο*) (Babinotis, 1998: 889). Para expresar el dolor de cabeza hay tres posibilidades: usar *cefalgía* (κεφαλαλγία), que ha pasado también a Occidente bajo la forma *cefalalgia* y que pertenece al registro culto; decantarse por el neologismo culto *imikranía* (ημικρανία), que ha dado lugar a nuestra «migraña», cuando se trata de jaqueca; o recurrir al neologismo popular *ponokéfalos* (πονοκέφαλος), apto para todo.

Al igual que *cefalea*, palabras como *tópico* y *prototipo*, con multitud de acepciones que sin embargo no coinciden con las occidentales, son causa de confusión. *Tópos* significa «lugar» en griego, por lo que el adjetivo *topikós* (τοπικός) podría traducirse como «local» (Babinotis, 1998: 1798). Lo que nosotros denominamos *tópico* se expresa en griego con la palabra *koinotopía* (κοινοτοπία), o sea, «lugar común» (*koinós tópos/κοινός τόπος*), lo cual indica que estamos ante un neologismo culto creado para hacer comprensible la expresión en griego (Andriotis, 1990: 163). Y lo mismo ocurre con *prototipo*. *Protótypos* (πρωτότυπος) es un adjetivo cuyo significado es «original» en todas sus acepciones (Babinotis, 1998: 1529). El sustantivo *protótypo* (πρωτότυπο) hace referencia a la primera copia de un manuscrito o de un impreso, pero no suele emplearse para designar el ejemplo emblemático o perfecto de una cosa ni para el original de un manuscrito. Todo esto se expresa en griego con la palabra *prótypo* (πρότυπο), escrita con o y no con ω, pues procede de la antigua preposición *pro* (προ), y no del adjetivo *prótos* (πρώτος) (Andriotis, 1990: 301). La confusión afecta en este caso incluso a los propios griegos, quienes ante la duda suelen recurrir en el lenguaje coloquial al extranjerismo *modelo* (μοντέλο) (Babinotis, 1998: 1519-1520).

A este tercer grupo pertenecerían también los derivados de *ydor* e *oinós* elaborados en Occidente, que llegaron al griego en su mayor parte a través del inglés y que hoy en día se emplean exclusivamente en el vocabulario científico, pues el lenguaje coloquial ha preferido recurrir a sinónimos más sencillos o incluso a extranjerismos asentados con fuerza en el habla cotidiana. Una muestra de este fenómeno sería la palabra *enoteca*, perteneciente al registro culto en las lenguas occidentales. *Enoteca*, llegada a través del latín y formada siguiendo el ejemplo de *pinacoteca*, *discoteca* y *hemeroteca*, no existe en griego. Para designar un almacén de vinos o bodega el registro culto creó el neologismo *enapothíki* (οιναποθήκη), documentado desde 1888, mientras que el lenguaje popular prefirió un extranjerismo, *káva* (κάβα), término latino tomado del italiano, que ha adquirido el doble significado que tiene *bodega* en castellano, es decir lugar donde se venden o donde se guardan botellas de vino (Babinotis, 1998: 1253). No deja de ser curioso que otro término latino, relacionado en Occidente con el vino, como es la palabra *taberna* (ταβέρνα), se haya convertido en uno de los rasgos más emblemáticos de la Grecia actual. Como todo turista sabe perfectamente, *taberna* en griego moderno

es una casa de comidas, un restaurante popular, en el que sin embargo el vino —siempre a granel— no ocupa un lugar destacado.

Antes de concluir, quisiéramos aludir a un último grupo de falsos referentes que no entrarían en ninguno de los grupos anteriormente citados, puesto que el punto de confusión no es el significado —que en este caso coincide—, sino la acentuación y el género de la palabra. Se trata de términos llegados a las lenguas occidentales a través del latín, que con el tiempo se han ido asimilando en cada lengua a las reglas de acentuación y de formación del género vigentes en cada una de ellas. Así, numerosas palabras masculinas en *-as* se han convertido en femeninas al perder la *-s* final, como ha ocurrido con *galaxia* (γαλαξίας), mientras que palabras femeninas terminadas en *-os* se han convertido en masculinas al perder la *-s*, como ha sucedido con *método* (μέθοδος), *perímetro* (περίμετρος), *párrafo* (παράγραφος) o *asfalto* (άσφαλτος). Lo arraigado de estas palabras en el lenguaje cotidiano hace que estos errores de género sean de los que los alumnos arrastran durante más tiempo, como también ocurre con los de acentuación. Precisamente uno de los errores más difíciles de erradicar entre el alumnado es la pronunciación de los compuestos en *-logos* o *-grafos*, esdrújulos en castellano —*biólogo*, *geólogo*, *filólogo*, *fotógrafo*— y llanos en griego —*biólogos* (βιολόγος), *geólogos* (γεωλόγος), *filólogos* (φιλόλογος), *fotógrafos* (φωτογράφος); y la de muchos adjetivos en *-ikos*, llanos o esdrújulos en castellano —*simpático*, *antipático*— y agudos en griego —*sympathytikós* (συμπαθητικός), *antipathytikós* (αντιπαθητικός)—, que instintivamente los alumnos acentúan como están acostumbrados en su lengua.

Observación final

Un análisis a fondo de los contrapréstamos y los falsos primos en griego moderno obligaría a reseñar un gran número de palabras, pero éste no era el objetivo del artículo. Con esta exposición se pretendía llamar la atención, sin ser exhaustivo, sobre algunos fenómenos curiosos en griego moderno ligados a esa utilización occidental del griego clásico, que ha sido a la vez suerte y desgracia para el griego moderno. Suerte porque la Grecia actual se ha podido beneficiar en cierto modo de la admiración que Occidente ha sentido por la antigua Grecia; y desgracia porque todo ello ha generado un lastre difícil de superar para una lengua que, no lo olvidemos, usa todavía en la actualidad palabras que los griegos del II milenio aC ya utilizaban.¹¹ La historia puede a veces aprisionar a una lengua, y esto le ha ocu-

11. La más emblemática de todas ellas sería la palabra *rey* —Βασιλεύς en griego clásico, Βασιλέας en *Katharévousa*, Βασιλιάς en griego moderno—, que se documenta en griego micénico bajo la forma *qa-si-re-u*. Pese a la escasa variación ortográfica de la palabra a lo largo de estos 3.500 años, sí se ha producido una alteración de significado, puesto que en época micénica el *qa-si-re-u* era, al parecer, una especie de administrador o jefe provincial de un territorio. En cambio, ya en Homero *Basileus* designa los jefes de los aqueos, por lo que muy a menudo se suele traducir como *rey*. A partir de la época clásica, el término se aplica a los dioses, pero también a los tiranos y otros gobernantes no griegos. Más tarde, los redactores de la *Spetuaginta* lo utilizaron para traducir el hebreo *melech*, o sea *rey*, acepción que ha mantenido en la actualidad. Lo más curioso, sin embargo, es que, según la mayoría de especialistas, *Basileus* (<*Βασιλ-ηύ-ς) no es una palabra de origen

rrido al griego moderno hasta hace bien poco. Sin embargo, también hemos de reconocer que muy probablemente estos fenómenos a los que hemos aludido carecerán bien pronto de sentido, ya que cada vez más el conocimiento de la antigua Grecia y del bagaje cultural neoclásico va desapareciendo a medida que las denominadas *linguas clásicas* y las humanidades pierden peso en la sociedad actual. Y sin conocimiento previo, no hay confusión.

Bibliografía

- ANDRIOTIS, Nikólaos (1990). *Ετυμολογικό Λεξικό της Κοινής Νεοελληνικής*. Θεσσαλονίκη: Αριστοτέλειο Πανεπιστήμιο. Ίδρυμα Μ. Τριανταφυλλίδης.
- BABINOTIS, Georgios (1998). *Λεξικό της Νέας Ελληνικής Γλώσσας*. Atenas: Κέντρο Λεξικολογίας.
- BAUMBACH, Manuel (2000). *Traditio et Inventio. Beiträge zur Rezeption der Antike*. Heidelberg: Universitätsverlag.
- BOHRER, Francis (1989). *A New Antiquity. The English Reception of Assyria*. Tesis Doctoral. Univ. de Chicago: University of Chicago Press.
- BRANDS, Gunnar (1990). «Zwischen Island und Athen: Griechische Kunst im Spiegel des Nationalsozialismus». En: BROCK, Bazon; PREISS, Achim (eds.). *Kunst aus Befehl? Drei- und dreissig bis Fünfundvierzig*, 103-136. Munich: Klinkhardt und Biermann.
- BRIGGS, Ward (ed.) (2000). «Ideology and the Classics». *Classical Bulletin* 76(2): 107-233.
- BROWNING, Richard (1969). *Medieval and Modern Greek*. Londres: Hutchinson and Co.
- CASTORIADIS, Cornelius (1996). «The Greek Πόλις and the creation of Democracy». En: LILLY, Reginald (ed.). *The Ancients and the Moderns*, 29-58. Bloomington-Indianápolis: Indiana University Press.
- CHRIST, Kurt; MOMIGLIANO, Arnaldo (eds.) (1988). *L'Antichità nell'Ottocento in Italia e Germania*. Bolonia-Berlín: Annali dell'Istituto Istorico Italo-Germanico di Trento. Contributi, 2.
- DOVER, Kenneth (1988). «Byron on ancient Greeks». En: DOVER, Kenneth (ed.). *The Greeks and their legacy: prose, literature, history, society, transmission, influence*. Collected papers, II, 292-303. Oxford: Oxford University Press.
- DUBUISSON, Michel (1991). «Graecvs, Graecvls, Graecari: L'emploi péjoratif du nom des grecs en latin». En: SAÏD, Suzanne (ed.). *Έλληνισμός. Quelques jalons pour une histoire de l'identité grecque*, 315-335. Actes du Colloque de Strasbourg. 25-27 octobre 1989. Leiden-Nueva York: E.J. Brill.
- EDWARDS, Catharine (ed.) (1999). *Roman presences. Receptions of Rome in European Culture, 1789-1945*. Nueva York: Cambridge University Press.
- FERRIS, David (2000). *Silent urns. Romanticism, Hellenism and Modernity*. Standford: Standford University Press
- GOMMERS, Peter (2001). *Europe-What's in a name. Geography-Mythos-Art*. Lovaina: Leuven University Press.
- GOURGOURIS, Stathis (1996). *Dream Nation: Enlightenment, Colonization and the Institution of Modern Greece*. Standford: Standford University Press.

griego, sino que probablemente pertenece a alguna de las lenguas que coexistían o existían anteriormente al griego en el territorio de la península griega o en zonas próximas, como las islas del Egeo o la península Anatólica.

- KNOX, Bernard (1993). *The Oldest Dead White European Males, and Other Reflections on the Classics*. Londres-Nueva York: W.W. Norton.
- LANDFESTER, Manfred (1996). «Griechen und Deutsche: der Mythos einer 'Wahlverwandschaft'». En: BERDING, Hans (ed.). *Mythos und Nation. Studien zur Entwicklung des kollektiven Bewusstseins in der Neuzeit*, 198-219. Frankfurt: Suhrkamp.
- LEONTIS, Artemis (1990). «Minor Field, Major Territories: Dilemmas in Modernizing Hellenism». *Journal of Modern Greek Studies* 8(1): 35-63.
- (1991). «Cultural Politics and Populist Uses of the Ancients». *Journal of Modern Greek Studies* 9: 191-214.
- (1995). *Topographies of Hellenism. Mapping the Homeland*. Ithaca. Nueva York-Londres: Cornell University Press.
- LÉVY, Edmond (1991). «Apparition des notions de Grèce et de Grecs». En: SAÏD, Suzanne (ed.). *Ελληνισμός. Quelques jalons pour une histoire de l'identité grecque*, 49-69. Actes du Colloque de Strasbourg, 25-27 octobre 1989. Leiden-Nueva York: E.J. Brill.
- LOWENTHAL, David (1988). «Classical antiquities as national and global heritage». *Antiquity* 62: 726-735.
- LUDWIG, Walther (1998). *Hellas in Deutschland. Darstellungen der Gräzistik im deutschsprachigen Raum im 16. und 17. Jahrhundert*. Hamburg: Berichte aus dem Sitzungen der Joachim-Gesellschaft der Wissenschaften e.V., Hamburg. Jahrg. 16, Heft 1.
- MANGO, Cyril (1965). «Byzantine and Romantic Hellenism». *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 18: 29-43.
- MANTUVÁLA, María (1983). «Ρωμαίος, ρωμιός και ρωμιωσύνη». (Romaíos, Romiós y Romiosíni). *Μαντατοφόρος* 22 novembre: 34-73.
- MARCHAND, Suzanne (1996). *Down from Olympus. Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*. Princeton: Princeton University Press.
- PANAYIOTOU, Anna-BABINOTIS, Georgios-LEILAKI, Evangelia (1992). *Ελληνική. Μία πάντοτε σύγχρονη γλώσσα*. Atenas: Ministerio de Cultura.
- PHILIPPIDIS, D. (1994). «Ο αποθαυμασμός του Παρθενώνα από την ελληνική κοινωνία». En: TOURNIKIÓTIS, P. (ed.). *Ο Παρθενώνας και η ακτινοβολία του στα νεότερα χρόνια*, 287-309. Atenas.
- POLIAKOV, León (1987). *Le Myth Arien. Essai sur les sources du racisme et des nationalismes*. (Ed. rev. y aum.). Historiques, 34. Bruselas: Complexe.
- POLITIS, Alexis (1993). *Ρομαντικά χρόνια: Ιδεολογίες και νοοτροπίες στην Ελλάδα του 1830-1880*. Atenas.
- PSICHARIS, Emmanuil (1888). *To Ταξίδι μου*. Atenas: Ermís.
- RICHARD, Jay (1994). *The Founders and the Classics: Greece, Rome and the American Enlightenment*. Cambridge, Ma.: Harvard University Press.
- ROSEN, Frederick (1992). *Bentham, Byron, and Greece*. Oxford: Oxford University Press.
- SANTUCCI, Mario (1992). «Le Grec vu par des témoins du temps présent (xve et xvie siècles)». En: DUFOURNET, Jean; FIORATO, Adelin Charles; REDONDO, Augustín (eds.). *L'Image de l'Autre européen, xv^e-xvii^e siècles*, 97-108. París: Presses de la Sorbonne.
- SKOPETEA, Eli (1988). *To «πρώτο Βασίλειο» και η Μεγάλη Ιδέα: Όψεις του εθνικού προβλήματος στην Ελλάδα (1830-1880)*. Atenas: Polítipo.
- SLOT, B.J. (1982). *Archipelagus Turbatus. Les Cyclades entre Colonisation Latine et occupation ottomane ca. 1500-1718*. Leiden: Nederlands historisch-archaeologisch Institut te Istanbul, LI.
- SPAWFORTH, Anthony (1995). «The Roman Fabrication of Greek Ethnicity». *American Journal of Archaeology* 99(2): 350.

- STRAY, Christian (1998). *Classics Transformed. Schools, Universities, and Society in England, 1830-1960*. Oxford: Oxford University Press.
- TOO, Yun Lee-LIVINGSTONE, Naill. (eds.) (1998). *Pedagogy and Power. Rhetorics of Classical Learning*. Cambridge: Cambridge University Press.
- TURNER, Frank (1989). «Why the Greeks and not the Romans in Victorian Britain?». En: CLARKE, Graeme (ed.). *Rediscovering Hellenism: the Hellenic Inheritance and the English Imagination*, 61-81. Cambridge: Cambridge University Press.
- VV.AA. (1999). *Λεξικό της Κοινής Ελληνικής*. Tesalónica: Ίδρυμα Μ. Τριανταφυλλίδη.
- WATHELET, Pierre (1975). «L'origine du nom des Hellènes et son développement dans la tradition homérique». *Études Classiques* 43: 119-128.
- WES, Marinus (1989). «Classical Studies and the Europeanisation of Russia». *History of European Ideas* 11: 661-666.